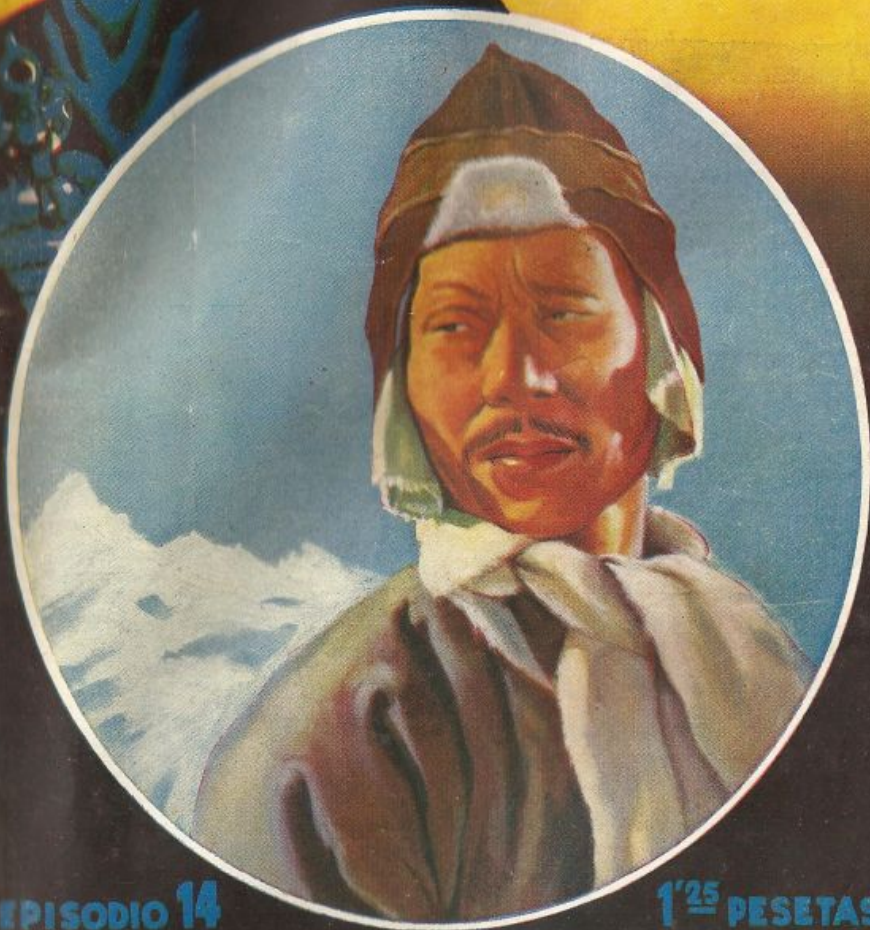


El **DRAGÓN DE FUEGO**



EPISODIO 14

1'25 PESETAS

EN LA REGION DE LAS NIEVES

Fidel Prado Duque

En la region de las nieves

EL DRAGÓN DE FUEGO - 14





Capítulo primero

Un enemigo menos

HABÍAN llegado decididos a la orilla del río, cuando Regis tiró del brazo de sus amigos, diciendo angustiado:

—¡Pronto! Volvamos a nuestro escondite. Veo otro junco que se aproxima a la orilla.

A todo correr se dirigieron al lugar desde el que habían presenciado la lucha y apenas si habían tenido tiempo de esconderse, cuando de la cercana ribera se elevó un clamor de rabia y desesperación.

El junco recién llegado, una pequeña embarcación que apenas

podía soportar una docena de tripulantes, se detuvo junto al navío desmantelado y diez hombres decididos, saltaron a tierra dispuestos a averiguar lo sucedido y a vengar la derrota de sus caídos compañeros.

Pero un vigía que los sectarios de «El loto azul» había dejado apostado en la orilla, les descubrió apenas remontaron el río y por medio de una seña convenida, dió el grito de alarma a sus compañeros.

Estos, que se hallaban emboscados a poca distancia entre unas depresiones del terreno, acudieron presurosos a la llamada de alarma y una nueva pelea se entabló entre los recién llegados y sus rivales.

El refuerzo, pobre en hombres, nada pudo hacer para aniquilar a los vencedores. Estos, mucho mayor en número, cayeron sobre ellos y tras un breve combate, los redujeron a la impotencia, aprisionándoles y llevándoles consigo al campamento que habían improvisado.

Karus, Regis y Kao, escondidos a no muy larga distancia de allí, habían asistido a aquella segunda pelea con el corazón en la boca, pues temían que los partidarios de «El loto azul», temerosos de que alguno se los hubiese podido escabullir, le buscasen con saña llegando hasta su escondite y capturándoles sin medios posibles de defensa.

Pero la suerte, aliada suya, les libró de este peligroso contratiempo. Los mogoles se retiraron al campamento satisfechos de su doble éxito y no se cuidaron de investigar los alrededores.

Aunque desde su escondite podían captar el conjunto del campamento, no les era posible apreciarlo en detalle y Regis, que era el más curioso e impaciente, hubiese dado gustoso algunos años de su exuberante vida por encontrarse más próximo y poder captar algo de lo que hablaban.

Rabioso por su impotencia, preguntó a Karus:

—¿Qué haremos, profesor? Estamos agazapados sobre un volcán. Si esos sapos biliosos se ven obligados a hablar y entre todos deciden buscarnos por este infierno amarillo, no doy dos peniques por nuestros pellejos.

—Ni yo —aseguró Karus—, pero nada podemos hacer. La única

posibilidad de salvación que nos queda es que llegue la noche y podamos evadirnos aprovechando la obscuridad. Si esto no es así, ¡Dios tenga piedad de nosotros!

—Aun así, hay que intentarlo —arguyó Regís.

—Bien, pero aunque contemos con esa posibilidad, ¿qué podemos intentar? Acercarnos a poblado alguno es denunciar inmediatamente nuestra presencia, y escapar a pie para internarnos por las montañas es una locura. Nieve, frío, escasez de agua, bandidos, fieras, picachos inaccesibles, pasos difícilísimos... El panorama hasta poder alcanzar las llanuras del río Kyi, que es la ruta más viable para llegar a Lhasa, no es cosa de juego.

—Pues, algo hay que intentar. Si hemos pasado lo peor con mucha suerte y el camino que nos falta por recorrer, aunque penoso, es el mínimo, no debemos desesperar.

—De acuerdo. Esperaremos, ya que no nos es factible intentar otra cosa de momento.

Regis tomó los morrales substraídos a los monjes y repartió con cuidado parte de los alimentos que reservaba, y, satisfecha en parte su hambre, se dedicaron a atalayar el campamento, sin perderle de vista.

Por fin, tras una desesperante espera, la noche fué tendiendo poco a poco su negro manto, y a medida que las sombras aumentaban, un frío que cortaba los huesos se iba dejando sentir.

Los sectarios, para preservarse del frío, habían encendido varias chispeantes hogueras, aprovechando las gramíneas que crecían en aquel terreno, y a su resplandor, un poco velado por el enorme humo que producían, Regís podía observar el movimiento de los bandidos, paseando ante sus prisioneros, mientras un silencio aplastante envolvía el paisaje.

El chinito, que no había despegado los labios en toda la tarde, se incorporó suavemente e hizo ademán de abandonar su refugio.

—¿Qué intentas hacer? —preguntó el profesor alarmado.

—El honorable profesor no debe salir de aquí sin explorar el río. Kao sabe hacer.

—¡Oh, bien! —replicó Karus sonriendo—. Tienes razón. Tú sabes mejor de estas cosas y abultas menos. Ve, pero cuida mucho de que no te descubran o nos perderemos todos para siempre.

El muchacho se escurrió como una sombra, y momentos después había desaparecido de su vista.

Leve e ingrátido, se arrastró entre la obscuridad, y sus ojos de lince buscaron el río, hasta que, por fin, el aire húmedo que acariciaba su nariz le anunció que se encontraba próximo a la orilla.

Al débil resplandor de las estrellas, unas estrellas plateadas, que brillaban como si estuviesen hechas de acero pulido, divisó una masa oscura atravesada sobre la orilla.

Se trataba del junco encallado, sobre el que batía la corriente, haciéndole cruzar de un modo alarmante.

Kao se quedó dudando. No sabía si recorrer primero la orilla o saltar al barco a explorarlo. Por fin se decidió por esto último, y como una araña trepó por la inclinada banda, alcanzando la cubierta.

Un hondo sobresalto le embargó cuando descubrió que algo se movía levemente cerca de él y, nervioso, empuñó el cuchillo, quedando rígido sobre las mojadas tablas.

Esforzándose, consiguió descubrir el objeto causa de su sobresalto. Se trataba del cadáver de uno de los sicarios de Wang-Cheng, que a impulsos del cabeceo del junco, rodaba suavemente de un lado para otro.

Arrastrándose, avanzó hacia él y palpó su frío cuerpo. Buscaba algo en él y tuvo que ahogar un grito de triunfo al encontrarlo.

El cadáver tenía atravesado sobre la cintura un revólver que no debió tener tiempo a descargar.

Se apropió del arma, y, empuñándola decidido, continuó avanzando en silencio. Nuevos cadáveres surgieron a su paso, pero en ninguno encontró nuevas armas de fuego.

De repente se envaró, oteando al aire. Su instinto le advertía que un peligro cercano le amenazaba, aunque no acertaba a localizarlo.

Más, prudente, continuó deslizándose con cautela, hasta llegar cerca de la borda, donde se detuvo rígido, como un árbol. Una silueta vaga, que permanecía en pie, había surgido ante sus agudos ojos, y, ahora, no se trataba de cadáver alguno.

Sin saber si retroceder o no, continuó inmóvil, preguntándose cuál debía ser su actitud. Podía volverse sin ser descubierto, pero aquel vigilante era un peligro para él y sus compañeros a la hora de

emprender la marcha.

No... Debía eliminarle para mayor seguridad, y solamente esperaba una ocasión propicia para caer sobre él.

El chino, después de un rato de contemplar el río por su parte baja, se volvió, rezongando algo entre dientes, y quedó apoyado en la borda, contemplando las lejanas hogueras del campamento, donde indudablemente debía estarse mejor y más caliente que sobre el destrozado barco.

Kao aprovechó el momento para arrastrarse sigilosamente, y cuando se encontró a espaldas del vigilante, empuñó el revólver por el cañón, y de un felino salto cayó sobre su enemigo, descargando el arma en su pelada cabeza, que crujió en un alarmante rumor de huesos rotos.

El agredido intentó gritar, pero solamente un ronco quejido escapó de su garganta, al tiempo que caía sobre cubierta, sangrando como un cerdo. Kao, fríamente, acabó con él, empleando su agudo cuchillo, y terminó de recorrer la cubierta.

Nadie más vigilaba el barco. Ahora era dueño de él y podía proceder a su requisa sin miedo.

En el cobertizo del centro de la nave, cubierto por un techo de paja de arroz, descubrió algunos bultos. Había armas cortas, algunos revólveres y un gran arcón con carne de carnero salvaje, ahumada; tortas de arroz, y algunas otras viandas.

Muy alegre por el descubrimiento, recogió dos revólveres más y volvió a descender del junco, regresando a la orilla. Arrastrándose por ella, la recorrió en un perímetro de unos cincuenta metros; pero, cuando iba a dar por terminada su requisa, volvió a sentir la sensación del peligro.

Ahora éste era más difícil de eliminar. Un mogol gigantesco, sentado sobre una peña, cara a la corriente, vigilaba con un fusil entre las piernas. El mogol no parecía dormido, y Kao poseía pocas fuerzas para atacarle con éxito. Dió un rodeo para ganar el lado siguiente de la orilla, sin ser descubierto, y continuó la exploración, pero ningún otro enemigo se presentaba a su vista.

—¡Bien! —murmuró—. Sólo dos vigilantes. Este no poder Kao con él. Honorable señor Regis tendrá que actuar.

Satisfecho del resultado, regresó junto a sus compañeros, que ya

se mostraban alarmados por su larga ausencia.

Cuando surgió ante ellos, de modo inopinado, Regis se llevó un susto mayúsculo.

—Eres un fantasma, pequeño —advirtió—. Otra vez imita el canto del cuco o te expondrás a que te pegue un tiro... suponiendo que tenga con qué dártelo.

El chino sonrió, y, alargándole una de sus armas, dijo:

—Revólver tener a mano, pero emplearlo mejor... Chino enorme vigila orilla, y, sin matarlo, peligro de huir.

Rápidamente dió cuenta de sus descubrimientos, y Regis se alegró mucho de ellos. Eliminaría al vigilante y harían provisión de armas y víveres para continuar el viaje.

Guiado por Kao, alcanzó la orilla, llegando hasta el lugar donde el mogol montaba la guardia. Regis no pudo por menos que apreciar que el enemigo que tenía enfrente era un ejemplar difícil de vencer si no le cogía por sorpresa.

Después de un momento de vacilación, susurró al oído de Kao:

—Hay que llamar su atención de alguna forma para que no se dé cuenta de que le ataco por la espalda. No tengo miedo de luchar con él, pero sí de que pueda gritar antes de caer y atraiga a los de su banda.

El chinito meditó, y luego dijo:

—Subo a junco. Llamaré su atención desde él creará que es su compañero de vigilancia. Tú esconde y procura ganar su espalda.

Regis se arrastró todo lo suavemente que pudo, para colocarse a retaguardia de su enemigo, y asiendo una larga y afilada piedra, con la que acababa de tropezar, la empuñó con fiereza. Mejor que el revólver resultaba aquel pesado bloque, que parecía un arma primitiva de la edad de piedra.

Kao ganó de nuevo la cubierta y levemente emitió un gruñido gutural, que fué captado por el vigilante.

Este se irguió, empuñó el fusil y avanzó por la orilla con dirección al barco, preguntando algo que Regis no pudo captar.

La distracción que la llamada le había producido y el crujido de sus pasos sobre la tierra al andar, facilitaban la misión de Regis, que se iba acercando a él cautelosamente.

El mogol llegó a diez metros del junco y preguntó:

—¿Sucedo algo, Ling?

Kao murmuro:

—No sé. Parece que alguno de estos sapos se mueve.

—Pues remátale y si tienes miedo, espera, que ahora subo.

Pero antes de que tuviera tiempo de avanzar, una sombra surgió a su espalda y el pesado bloque cayó sobre su cabeza, aplastándola horriblemente.

El chino no tuvo tiempo a lanzar ni un quejido. Como un saco desfondado cayó a tierra, donde quedó en un horrible charco de sangre.

—¡Baja, Kao! —musitóle Regis—. Esta lagartija con coleta está camino del paraíso de Buda en busca de su preciosa testa.

Kao descendió y entre ambos arrojaron el cadáver al río, atándole una piedra a los pies.



Una sombra surgió a su espalda y el pesado bloque cayó sobre...

El chinito hizo subir a bordo a Regis y cargaron con todo lo que pudieron y consideraron más útil para su viaje.

Cuando tenían hecha la selección, Regis advirtió a Kao que le contemplaba con marcada admiración.

—Adelante y busca al profesor, que no está lejos de aquí. Hemos de entregarle parte del botín para emprender la marcha antes de ser

descubiertos.

Kao se orientó en la penumbra modelando el canto del cuco. Poco después el profesor respondía a la señal.

Informado del éxito de la empresa, se acercó a la orilla, donde Regis le entregó parte de las provisiones para que las guardase en su morral.

—¿Nos vamos ya? —preguntó Karus a su criado.

—Sí —afirmó Regis—; continuar aquí es jugarse la cabeza. Si tienen que relevar a los vigilantes y descubren su falta, la persecución será feroz.

—Lo será de todas formas —aseguró el profesor—. Más o menos tarde echarán en falta a sus hombres y nos buscarán.

—Pero habremos ganado algunas horas y Dios sabe lo qué puede suceder en ese tiempo.

Bordeando el río para poder tirarse a él en caso de peligro, continuaron avanzando hasta que Kao, que caminaba en vanguardia, se detuvo muy emocionado, exclamando:

—¡Mire, mire lo que hay allí!

Se acercó a la orilla y con el brazo señaló una especie de caleta, resguardada entre una maraña de plantas salvajes. Sobre el remanso del agua se mecían varias lanchas pesadas y toscas, pero resistentes en el agua.

Regis lanzó un silbido de alegría al darse cuenta de la importancia del descubrimiento.

—¡Oh! ¡Cómo nos vamos a divertir a costa de estos cerdos coletudos! Vengan y ayúdenme a hundir esta flotilla.

Separó la lancha que le pareció más sólida y ligera, dentro de la que depositó los morrales y demás impedimenta y luego, seguido de Kao, se dedicó a horadar las embarcaciones para deshacerse de ellas.

Cuando practicaron varios agujeros, las cargaron de piedras y las lanzaron a la corriente, donde cabecearon torpemente hasta inclinarse de costado y terminar por irse al fondo del fangoso río.

Ya libres de la preocupación de ser perseguidos, Regis dijo:

—¡Vamos, pronto! Cuando menos, los dejaremos atrás durante muchas horas y cuando quieran perseguirnos habrán perdido un tiempo enorme y nuestra pista.

Los tres pasaron al interior de la barca y Karus, secundado por Regis, empuñó los remos cortando la pesada corriente hacia el Norte.

—¿Que opina usted que hagamos? —preguntó el criado al profesor—. ¿Seguir río arriba o cruzar la orilla opuesta y seguir río adelante?

—Creo que lo mejor es continuar, mientras podamos, por el río. No será ya mucho, pues nos aproximamos a la región montañosa, donde el río se vuelca por vertientes y gargantas, impidiendo la navegación, pero habremos ganado cómodamente un buen puñado de millas más con descanso.

Conformes con la opinión del profesor, siguieron navegando y así, cuando el sol frío y amarillo, empezó a lucir pálidamente, habían dejado muy atrás a los sectarios del «Loto azul» y posiblemente a sus terribles enemigos de «El dragón de fuego».

Al parecer, la suerte esta vez se ponía de su parte y si lograban sortear los terribles peligros de las montañas, no tardarían mucho en encontrarse a a las puertas de Lhasa.

Capítulo segundo

Horas terribles de angustia

DURANTE varios días y a costa de esfuerzos supremos, remontaron el río, alejándose cada vez más de las regiones habitadas, para acercarse al terreno donde la nieve tiene eternamente su trono y de cegadores destellos.

El frío se iba acentuando y nuestros tres aventureros trataban de resguardarse de las inclemencias del tiempo con los hábitos de los monjes, que habían conservado.

La marcha de la lancha era lenta y penosa y a cada momento temían ver aparecer en el río alguna otra embarcación más ligera que hubiese partido en su persecución.

Por fin, el río empezó a mostrarse más hosco y difícil. Rápidos violentos, debido a que el cauce se estrechaba a trozos, en que debían sacar la barca a la orilla y transportarla a hombros por tierra hasta salvarlos, y revueltas peligrosas, entre cantiles que obstruían el cauce, amargaron sus últimas etapas, pero el viaje continuaba obstinadamente y cada día las ingentes y nevadas montañas del Tíbet se iban perfilando con más precisión y el terreno se mostraba más agrio y repelente.

—¡Bonito paisaje para lagartos!, afirmó Regis. —Esta tierra es como el alma de esos bichos coletudos y amarillos.

—Ten en cuenta que estamos dejando atrás lo que puede considerarse como China verdaderamente. Aquí, el poder del Imperio es más teórico que real. El tibetano, cuando lo cree conveniente, dice que acata al gobierno chino y cuando no, al tibetano; pero, en justicia, no acata a ninguno y vive una independencia salvaje, a la que sólo opone su poder y sólo en la parte más habitada lo tiene el lamaísmo.

—Yo creí que todo esto era China en su totalidad.

—No. El Tíbet es algo aparte, muy difícil de dominar por su geografía horrible y repelente. Esto es en realidad una colosal terraza formada por pequeñas escaleras. La meseta no es más que un conglomerado de concavidades, en las que se escalonan algunos lagos y pantanos, cuyas aguas, salvo muy pocas, no van a morir a los mares. Se escapan turbulentas por gargantas impresionantes y simas profundas y forman los lagos de la región, algunos de los cuales dan origen al

Hong-ho

o el Río Amarillo que remontamos. Este río nace cerca del monte Baian-Jara y pasa por la ciudad de Sok-dzong o So, y se le conoce por la ruta de los peregrinos, pues es la más factible para los peregrinos mogoles que acuden del lago

Kaku-No

. Esta ruta sirve de límite natural a la meseta septentrional y la región alpestre.

—¿Vamos a pasar por ciudades?

—Sí, pero... confío en que podamos hacerlo de manera que sea imposible reconocernos. Se acerca el mes de febrero, fecha en que, para los tibetanos, empieza el año y las fiestas que han de celebrarse en Lhasa serán fastuosas. Esto hará que millares de peregrinos, tanto «dokpas» (gente de las soledades) como de las regiones habitadas, acudan al monasterio con sus ofrendas a gozar de tales festejos. Entre tantos miles de peregrinos, espero que no nos sea difícil pasar desapercibidos.

Regis, a quien no agradaba mucho la descripción triste que el profesor estaba haciendo de la región, exclamó con acento irónico:

—¡Deme usted algún otro detalle de este bello país que vamos a atravesar, para recordarle bien y no volver a poner en él los pies por muchos años que viva!

—Pues te lo pintaré mejor en cuatro palabras. Es una triste y desolada meseta, que se extiende desde el Pamur —monte al que los tibetanos llaman «el techo del mundo», por considerarlo el más alto — y el Himalaya, que tampoco es un enano de la Tierra. Tiene un millón doscientos mil kilómetros cuadrados y se calcula que a cada habitante le corresponde tierra, si la pudiera tomar, por cantidades de cientos de kilómetros. El frío que reina en sus alturas es tal, que la carne jamás se pudre y sólo se convierte en polvo con el tiempo y la madera sufre el mismo proceso eliminatorio. Apenas existe vegetación, salvo a las orillas de los ríos, y la vida animal está representada por los carneros salvajes, fuertes y robustos, las vacas y los «yaks», especie de toros de largo pelo. Hay zorras, osos peligrosos y algunos otros animales dañinos. Lo más habitado está a las orillas de los ríos, especialmente entre el Sampu y el Brahmputra. El valle donde está situada Lhasa (El trono de Dios), es el más tolerable, pues el sol es amable y la bebida casi única que se ingiere es el té.

—Menos mal —exclamó Regis—, el té es mi bebida favorita.

—Si, pero... dudo que opines igual cuando lo pruebes aquí. Aparte de ser la infusión mala, te la sirven de un modo como para no tomarla. Echan manteca, sal y agua hirviendo. Cuando hierve, soplan la manteca y la apartan para aprovecharla de nuevo.

—¡Basta! —exclamó Regis haciendo un gesto de repulsión—. No siga, o perderé el estómago antes de probarlo.

Aún, más a costa de grandes esfuerzos, consiguieron hacer avanzar la lancha algunas millas, hasta que la configuración del río les obligó a desistir de emplearla.

—Aquí terminó la vía fluvial —afirmó el profesor—. Ahora, hay que emplear las reservas corporales y aplicarlas a los pies.

—¿Qué hacemos con la barca? —preguntó Regis—. ¿La escondemos por si al regreso nos es útil?

—No te molestes. Si salimos bien de la aventura abandonaremos este infierno por otra vía más corta. No volvería a atravesar estas montañas por nada del mundo.

Hundieron la barca y cargando con el equipaje se dispusieron a continuar la ruta.

Ahora, el terreno que se presentaba ante ellos era abrupto y repelente. Grandes masas de montañas, más o menos violentas, cortaban el paisaje y a lo lejos otros picachos más inaccesibles mostraban la blancura de su eterno sudario como una amenaza y un recordatorio.

El camino a elegir no era difícil. Había que contentarse con las ásperas sendas entre las uniones de las montañas para ir ganando altura y poder cortar de través la cadena montañosa que se oponía ante el valle.

A pesar de sus hábitos y de alguna ropa que se habían procurado en el junco encallado, el frío les laceraba los huesos, sobre todo al llegar las noches, en las que se veían obligados a acampar a grandes alturas y gracias a que con dos trozos de bambú, hábilmente manejados por Kao, y gramíneas que iban encontrando, lograban encender unas horribles fogatas que les ahumaban como a panales de abejas.

Por las montañas veían a veces cruzar carneros salvajes, que despertaban el apetito de Regis, el cual se había propuesto cazar alguno para renovar sus provisiones, pero ninguno se había puesto a tiro de revólver y no quería malgastar las municiones inútilmente.

Penosamente, tiritando de frío, con los pies medio deshechos por los guijarros, maldiciendo de todos los adictos de Buda, desde el Gran Lama al último acólito, continuaban su avance y cada vez veían bajo sus pies un panorama más agrio y repelente, aunque no careciese de belleza salvaje.

La primera nevada les sorprendió un anochecer escalando un agudo picacho para descender a la vertiente opuesta. La nieve flagelante, bailoteando en terribles remolinas, descendía tupida, borrando los pequeños senderos y poco a poco formaba una alfombra suave, pero peligrosa, que amenazaba con escurrirles hacia abajo y lanzarles desde aquella altura mareante.

—¡Maldito país! —Rugía Regis furioso—. Aquí ponía yo al Gran Sapo de

Wang-Chen

durante todo el invierno, a ver si se le refrescaba un poco la sangre

y se quedaba convertido en uno de esos pivotes helados que nos salen al paso... ¿Por qué no me lo pondrán a mano, siquiera cinco minutos?

Por desgracia de los viajeros, la noche se echaba encima con rapidez e intentar ganar la cumbre antes de que cayesen las sombras era empresa inútil.

—Debemos buscar alguna cueva natural y resguardarnos en ella —advirtió el profesor alarmado—. Con la noche, el aire y el frío se harán más terribles y, o moriremos helados o nos despeñaremos por esta horrible pendiente.

Los tres, con afán, se dedicaron a buscar un refugio en medio de las horribles ráfagas de viento que, además de empujarles peligrosamente, les cegaban los ojos, irritándoselos y les privaban de poder distinguir con precisión los lugares por donde caminaban.

Tan compacta era la nieve que descendía y que el profesor les prohibió buscar cada uno por un lado. Corrían el peligro de extraviarse y perder el contacto entre sí, lo que acabaría de agravar la situación.

Por fin alcanzaron una especie de planicie que moría al pie del ingente farallón y Regis, con enorme alegría, descubrió en éste un negro agujero medio oculto por la nieve.

—¡Aquí, aquí, profesor! —gritó—. Ya he encontrado lo que buscábamos.

Decidido se arrastró por la oscura boca y se introdujo en la oquedad, que poseía una extensión holgada para los tres.

Sus compañeros le imitaron con el pecho oprimido por la angustia que les producía el frío y encontraron el refugio bastante agradable y hasta un poco cálido.

—¡Lástima que no podamos encender fuego! —suspiró Regis—. Pasaríamos una noche como para que nos la envidiasen los asiduos al Carlton de Londres.

—Confórmate con que este seco y no lleguen hasta aquí las ráfagas de nieve. De no haber encontrado este agujero protector, acaso ésta fuese la última noche de nuestra vida

Kao, que se había acurrucado en un rincón, echándose el hábito por la cabeza, sacó la nariz y después de aspirar el aire, murmuró:

—Huele, profesor... ¿A qué huele?

—No lo sé, querido. También he observado un tufillo extraño, pero no puedo precisarlo.

—Pues, aunque oliese a carroña del año de Maricastaña —afirmó Regis—, nadie lograría sacarme de aquí.

Se acomodaron como mejor pudieron, uno contra otro, para prestarse calor y se dispusieron a descansar de la horrible fatiga de la cruenta jornada. Estaban agotados y ni humor sentían para probar algo de los escasos alimentos que aún conservaban.

Regís, de cara a la entrada de la cueva, observaba como la nieve, impulsada por el huracán, entraba por el agujero un par de metros y como se iba estancando en la boca amenazando con cerrarla.

—Tenemos que poner cuidado en que no nos tape la salida la nieve, sería horrible.

Kao, que se había apropiado en el junco de una pequeña hacha de abordaje de los chinos, la indicó diciendo:

—Si nieve sube, hacha cortar y echar fuera.

—Bien, pero, de todas formas, conviene que alguien vele un rato para vigilar.

—Kao vela —afirmó el chino—. Cansado, pero poco sueño.

Confiaron al chinito la tarea de vigilar la caída de la nieve y poco después el profesor y Regis dormían como lirones.

Kao se mantuvo firme sin entregarse al sueño y hasta hizo el esfuerzo de levantarse un par de veces a cortar la nieve que se agolpaba en la entrada, expulsándola fuera, pero mediada la noche se dejó vencer por el sueño sin pedir a sus compañeros que le reemplazasen.

Llevaría durmiendo una hora o poco más, cuando su afinado sentido del oído le avisó, de un modo subconsciente, de que algo anormal sucedía en la cueva y abriendo los ojos los paseó por ésta, preguntándose qué le habría alarmado para despertarle tan bruscamente.

Sus ojillos agudos buscaron alarmados y, de repente, se quedaron fijos en la entrada de la cueva. A la incierta claridad que la nieve prestaba, acababa de descubrir un bulto negro que obstruía la entrada y que, al parecer, realizaba esfuerzos poderosos para penetrar en el interior. Levantándose de un salto, gritó:

—¡Profesor, señor Regis! ¡Aquí... alguien entra en cueva!

Ambos despertaron sobresaltados y de manera inconsciente se pusieron en pie, buscando sus revólveres, al tiempo que dirigían las miradas a la boca de la caverna.

Los gritos de Kao y varias interjecciones lanzadas por Regis, rebotaron por las paredes de roca y el bulto que escarbaba en la entrada lanzó un gruñido sordo y prolongado.

El profesor, dándose cuenta inmediata de lo que sucedía, advirtió:

—¡Cuidado!... es un oso! ¡Ahora sé a lo que olía este maldito cubil! Debe ser su madriguera.

Regis, al oírle, empuñó el revólver y disparó.

La bala, enviada con precipitación, no debió hacer blanco, pero irritó al plantígrado, que se apartó de tan peligroso lugar, retrocediendo a la parte de fuera, desde la que lanzaba gruñidos impresionantes.

—¿Qué pasa? —vociferó Regis—. ¿Es que ese maldito huésped se obstina en penetrar? ¡Que lo intente y verá!

—Quizá no lo haga —advirtió el profesor inquieto—, pero no se irá de ahí hasta que nos decidamos a marchar y entonces...

—¿Qué nos bloqueará? ¡Espera... que voy a ver si le elimino de una vez!

De forma impetuosa se lanzó hacia la salida. La nieve continuaba cayendo con abundancia y el oso, olfateando el peligro, se había estacionado a un lado de la cueva gruñendo sordamente.

Regis, sin medir el peligro, asomó la cabeza por el vano buscando la silueta del plantígrado para disparar sobre él, pero el oso, muy próximo al borde de la cueva, alargó su garra y de un peligroso manotazo hizo rodar por la nieve al impetuoso criado.

El profesor, que le había seguido, se lanzó hacia afuera en defensa de su criado y el pequeño Kao, imitándole, también abandonó el refugio.

Karus disparó nerviosamente y aunque consiguió alcanzar al oso, la herida que le produjo, en lugar de restarle fuerzas lo que logró fué aumentar su furor. Ciego de rabia y molesto por el escozor de la herida, saltó furioso sobre el profesor, mientras Regis trataba de sacudirse la nieve y levantarse para hacer frente a tan peligroso enemigo.

Karus, disponiendo de muy poca distancia, disparó y de nuevo consiguió colocar el tiro en la piel del oso, pero este, en el salto, arrolló al profesor quien, como Regis, cayó envuelto entre la nieve, perdiendo el revólver en la caída.

El oso, lleno de rabia, saltó sobre él, pero Kao, valientemente se interpuso disparando a quemarropa.

El animal, alcanzado en sitio vital, emitió un rugido impresionante y se arrojó sobre Kao, el cual tuvo que dar un salto de espaldas para evitar el zarpazo, pero sin tiempo a reponerse el plantígrado le cayó encima y de nuevo, apelando a su agilidad felina, pudo evadir el ataque saltando como una pelota hacia atrás.



—¡Cuidado! ¡Es un oso!

Pero la fiera, en su agonía, se resistía a caer sin vengar su muerte y como loca siguió persiguiendo al chinito que, en su nerviosismo para evitar el ataque, cayó a tierra rodando por la nieve en un esfuerzo desesperado.

Entre tanto, Regis y el profesor, repuestos de la impresión, habían logrado levantarse y con los revólveres empuñados trataban de rematar al oso, sin atreverse a disparar por temor a herir a Kao, que se revolcaba por delante de su enemigo, huyendo de su postrer zarpazo.

De súbito, Regis lanzó un aullido de miedo y al tiempo que disparaba sin medir las consecuencias, grito:

—¡Cuidado, Kao, el abismo! ¡Qué estás al borde de la pendiente!

Su aviso llegó tarde. El chino, sintiendo caer el oso a su lado y notando el poderoso aliento del animal cerca de su rostro, hizo un brusco movimiento para apartarse de él y como había llegado al mismo reborde de la meseta, se inclinó hacia el abismo y desapareció en él.

El profesor y Regis, con la angustia en el alma, corrieron hacia el sitio de la catástrofe, dónde el oso, casi en posición de despeñarse también, se debatía en las ansias de la muerte.

El criado, rabioso, descargó los tiros que le quedaban sobre su negra cabeza hasta inmovilizarle definitivamente, y luego, con la angustia en el corazón, se atrevió a asomarse al borde de la cortada, tratando de buscar el cuerpo del infeliz muchacho.

Pero la débil claridad que prestaba la nieve le impedía distinguir nada a más de un metro de distancia. Más allá, las sombras borran el paisaje y sólo una mancha opaca marcaba la situación de la áspera pendiente.

—¡Maldición! —exclamó desesperado—. ¡Le hemos perdido para siempre!...

—Sí —replicó con voz sorda el profesor—, y lo que no me perdonaré nunca es que haya muerto por salvar mi vida. ¡Sin él, el oso me hubiese destrozado!

—Yo no me resigno a perderle sin hacer algo, aunque sea estéril. Tengo que convencerme de que, en efecto, ha rodado al abismo.

—¿Dónde quieres que haya quedado entonces? —arguyó el profesor.

—No sé... La pendiente forma muchos salientes... Hay algunos pinos enanos... ¿Y si hubiese quedado enganchado en alguno o retenido por un saliente de la roca?

—¿Como podemos saberlo ahora? Hasta que luzca el día es imposible ver nada.

—¡Oh! Para entonces habrá muerto, si ha ocurrido como yo pienso, mantengo una esperanza. Hay que registrar los lugares más próximos.

El profesor se opuso, diciendo:

—No te lo consiento. Te expondrías a rodar como él y tu sacrificio sería inútil.

Regis, desesperado, se introdujo en la cueva y regreso con el hacha que Kao había dejado allí abandonada. Luego, armado de ella, cortó un par de pinos enanos que crecían al borde de la meseta.

—¿Qué intentas? —preguntó Karus alarmado.

—Explorar las inmediaciones... ¿Cuántos fósforos nos quedan?

—Pocos. Acaso un par de docenas.

—Venga conmigo a la cueva. ¡Pronto, pronto!

Con el hacha descortezó lo mejor posible ambos pinos y luego, con algo de musgo que había en el interior de la cueva, prendió una insignificante fogata, arrimando a ella uno de los pinos.

Este, al principio, se resistió a arder, pero, por fin la llama y la resina consiguieron alejar la humedad y el árbol se prendió como una tea.

—Prenda el otro —dijo Regis— y sígame. Voy a ver si al amparo de las llamas logro descubrir algo.

El rojizo resplandor de los pinos, reflejándose de modo sangriento sobre la nieve en la noche fantasmal, era algo impresionante, pero ambos, embargados por la angustia, no poseían ánimos para captar este detalle.

Regis asomó al farallón y atalayó el fondo al lívido resplandor del pino, pero nada lograba descubrir. La luz apenas si conseguía disipar las tinieblas en un espacio de tres metros.

Desesperado, sin saber qué hacer, arrancó varias ramas que ardían como teas y las fue arrojando al abismo, pegadas a la blanca pared. Confiaba descubrir algo cuando la llama, al bajar, iluminase

el recorrido.

Había arrojado más de media docena cuando lanzó un grito de triunfo, la última rama se había detenido junto a un regular saliente y chisporroteaba al contacto de la nieve, iluminando siniestramente el farallón.

Al débil resplandor había descubierto un bulto atravesado sobre el reborde y aquel bulto no podía ser más que el cuerpo de Kao.

—¡Pronto!... —gritó al profesor—. ¡Venga aquí y alumbre! He descubierto a nuestro infeliz amigo. ¡Mire hacia abajo!

El profesor convino en que debía ser el cuerpo del muchacho, pero no veía qué se podía hacer hasta el alba para poder prestarle auxilio.

—Hay lo menos cinco metros de distancia —aseguró—, y descender a oscuras es un suicidio.

—Quizá lo sea, pero voy a intentarlo —afirmó Regis tozudo—. Quítese su faja.

El profesor, emocionado por aquel rasgo de valor, obedeció y entregó su faja a Regis, quien ya se había despojado de la suya.

Luego, con el pedazo de cuerda que aún conservaba y que siempre llevaba atado a la cintura, fabricó una resistente cuerda que medía algo más de la distancia que había calculado.

—Bien, y ahora, ¿qué? —preguntó Karus.

—Ahora, escuche. Me ataré la cuerda a la cintura y usted pasa el cabo por este saliente de roca y cuida de que no salga de él. Si encuentro puntos de apoyo, no me será preciso, pero si me escurriese, en sus manos dejo mi vida.

Y sin hacer caso de las observaciones del profesor, pasó la punta de la faja por el aliente rocoso y se la entregó, al tiempo que, heroicamente, empezaba a descender a ciegas por el inclinado farallón, buscando afanosamente puntos de apoyo donde afianzarse.

La rama de pino, aunque débilmente, aun ardía, medio ahogada por la humedad, y aprovechando su resplandor, Regis se guió en el descenso para no apartarse del sitio en qué había descubierto el bulto.

Cómo pudo llegar hasta él no lo supo explicar nunca, pero el hecho fue que logró llegar al reborde, que poseería metro y medio de saliente, y afianzarse cómodamente en él.

Inclinándose con avidez palpó, lanzando una exclamación de júbilo.

El cuerpo del infeliz Kao, atenazado por los salientes rocosos, había quedado atravesado sobre el reborde, sin peligro de rodar, pero la acción de la nieve estaba haciendo su obra.

Cargar con él era imposible. Ni la cuerda ni las fuerzas del profesor hubiesen resistido la prueba, por lo que desistió, pero pasando una lazada por debajo de las axilas del muchacho, le fabricó un lazo y valiéndose de la cuerda volvió a ascender hasta ganar la cortada.

—¿Nada? —preguntó ansioso el profesor, que no había podido captar ni un detalle de cuanto el criado había conseguido.

—Creo que sí, a menos que la suerte se ponga en contra nuestra. Corra a la cueva y resguarde ese pino para que arda bien; si puede, añada alguno más. Creo que dentro de unos minutos habré logrado tenerle aquí.

Tomó la faja y con sus hercúneas fuerzas empezó a tirar hacia arriba, levantando en vilo el inanimado cuerpo del chinito. Aunque éste pesaba poco, la postura a que Regis se veía condenado tensionaba sus músculos y ponía hinchazón en sus venas, pero, reuniendo todas sus fuerzas, consiguió, por fin, arrastrarle hasta el borde de la meseta. Rápidamente le tomó en sus brazos y corrió a la cueva, donde el pino ardía alegremente, repartiendo por el interior un calor muy reconfortable.

Depositó al chinito junto a la hoguera y desabrochándole la ropa, le friccionó con nieve hasta provocar la reacción. Poco a poco, las mejillas del infeliz fueron adquiriendo color y calor, hasta que, por fin, lanzó un suspiro hondo y respiró con cierta dificultad.

Regis amontonó la ropa que pudo sobre su cuerpo y arrojó ramas de pino, de las que había traído el profesor, sobre el fuego y limpiándose el helado sudor que cubría su frente exclamó:

—Creo que, por esta vez, la muerte ha perdido una presa.

Capítulo tercero

Los bandidos tibetanos

EL resto de la noche la pasaron cuidando del chino que, bajo los efectos del calor y las fricciones, reaccionó hasta romper a sudar copiosamente.

De madrugada, cuando una claridad gris y triste penetró por la cueva, Kao abrió un momento los ojos y se quejó de un dolor en la espalda, pero Regís le obligó a estarse quieto, asegurándole formalmente que aquello pasaría pronto.

Lo que interesaba era evitar la posible pulmonía, pues el magullamiento del golpe ya se curaría más fácilmente.

Poco a poco el enfermo se fué sintiendo mejor y cuando por fin pasó el peligro y pudieron contarle la forma en que había sido salvado, Kao besaba las manos de sus amigos y se deshacía en palabras de agradecimiento.

—Amiguito —dijo Regís—. Amor con amor se paga. Tú nos has salvado varias veces y ahora nos tocaba a nosotros pagar la deuda.

Ya tranquilo respecto a la suerte de su joven compañero, abandonó un momento la cueva y salió a la explanada. El cadáver del oso, agarrotado por la nieve, parecía de piedra, Regís, que sentía un hambre feroz, tomó el cuchillo y, no sin esfuerzo, logró cortar algunos trozos del plantígrado destrozando su piel

Con una rama de árbol atravesada lo puso a asar en el fuego y una hora más tarde se daban un buen banquete, aunque encontraron la carne sosa y algo dura.

—Tenemos que llevamos la carne que podamos —aseguró el profesor—. No sabemos el tiempo que podemos tardar en encontrar otra nueva o donde cambiar de fiambre. Vamos a descuartizar el oso.

Entre Karus y su criado consiguieron cortar sendos trozos de la parte más magra y meterlos en los morrales. Habían conseguido varios kilos de un precioso elemento y esto les aseguraba la manutención para algunas jornadas.

Todo el día lo pasaron en la cueva, que se había caldeado, y cuando, al día siguiente, Kao, un poco dolorido, pero animoso, indicó que se encontraba en condiciones de andar, decidieron reemprender la marcha.

—Se nos acabó el agua de los odres —advirtió Regis.

—Mientras haya nieve calmaremos la sed con ella. Espero que encontremos algún helero por estas montañas y que nos preste tan precioso líquido.

Tras penosos esfuerzos lograron escalar la cima. El día, aunque nublado, se había mantenido seco y sin nevar y gracias a los esfuerzos para ascender no habían notado el rigor de la baja temperatura reinante.

Ya en la cima, con los trozos de bambú que Kao conservaba como una reliquia, recogieron gramíneas y lograron encender fuego para asar trozos de oso, que les supo a gloria.

Habían realizado una penosa jornada y el hambre que les atormentaba era grande.

Durante varios días las caminatas que tuvieron que soportar fueron agotadoras. Los pies les dolían horriblemente y tenían que friccionárselos a menudo para evitar que se les helasen. Habían destrozado el calzado y las ropas no se encontraban en mejor uso.

Regis, malhumorado, gruñía:

—Cuando nos presentemos en lugar habitado, si llegamos algún día, nos van a perseguir hasta los perros.

—Lo principal es llegar —afirmó el profesor—. Lo otro ya lo arreglaremos de alguna manera.

—Bien, pero, ¿cuándo llegaremos? —interrogó el criado—. Estas malditas montañas parecen haber invadido toda la tierra.

—No puedo darte una idea, Regis. Estoy desorientado en parte. He tratado de guiarnos hacia la izquierda, seguro de que tarde o temprano alcanzaremos el valle del Kyi, pero ignoro a que distancia nos encontramos.

—Se nos acaban los comestibles.

—Trataremos de cazar algún carnero salvaje. Hay muchos por estas montañas.

—Preferiría enténdrmelas con los sapos biliosos de Wang-Chen

antes que verme cabalgando por estos estúpidos picachos.

—Pide a Dios que no te encuentres con los dos. También los de «El dragón de fuego» tienen adeptos que están acostumbrados a escalar estas montañas para llegar a Lhasa y nadie puede decir si los llevaremos a la zaga.

—¡Maldita sea! Es usted el único para dar ánimos a uno.

—Te pongo en guardia. Eso es todo.

Agotando sus fuerzas, descendieron varias vertientes para escalar nuevas alturas, sin que el paisaje variase en nada.

El frío era terrible. A veces la atmósfera se mostraba seca, pero el hielo se metía en los huesos, otras, caían en el epicentro de tormentas de nieve terribles y sólo por un milagro divino y debido a su enorme resistencia física, conseguían avanzar sin desmayar en el camino.

Una noche acamparon en una planicie, al borde de una gran depresión que al día siguiente debían dejar atrás para iniciar el descenso. Amontonando peñascos habían logrado procurarse un refugio contra el frío y sólo al escaso calor que les prestaban las humeantes gramíneas consiguieron aquella noche evitar la congelación.

Cuando por vez primera consiguieron ver lucir un sol pálido y triste que asomaba tímido por entre la bruma, decidieron atacar el descenso de la montaña. Esta, en un plano inclinado no muy áspero, se dilataba hacia un valle en el que entre la nieve podían distinguir algunos claros oscuros.

—Me parece que nos aproximamos a alguna ruta —aseguró el

profesor—. Desde aquí no es fácil distinguir bien lo que hay allá abajo, pero aquella delgada cinta oscura que se divisa a algunas millas, me da la sensación de que debe ser alguna ruta frecuentada.

—¡Dios le oiga! —dijo Regis—. Porque ya me está pareciendo que la especie humana ha desaparecido, dejando sólo, como muestra, nuestros maltrechos cuerpos.

Recogieron sus modestos bagajes medio destrozados y se disponían a acercarse a la vertiente, cuando Kao, señalando con la mano a su derecha, donde un horrible conglomerado de piedras parecía patentizar el lugar de un milenario cataclismo, gritó:

—¡Cuidado, profesor, gente llega!

Karus, extrañado, llevó la mano al revólver y volviendo la cabeza atalayó el amontonamiento pétreo.

Por entre él acababan de surgir algunas cabezas de rostros ennegrecidos, pelos rizados e hirsutos, y labios abultados, que avanzaban trepando por las piedras como verdaderos simios, sin que aquel obstáculo natural pareciese perturbar sus naturales movimientos.

El profesor descubrió que portaban una especie de arcos fabricados con ramas flexibles de árbol. Vestían unos ropones sujetos al cinto por una tira de piel y sus pantalones de gamuza se escondían entre unos extraños mocasines que cubrían sus pies y piernas, pues se trataba de un calzado alto, parecido a las polainas, que resguardaban aquella parte del frío y de la humedad de la nieve.

Todos eran tipos de hombres altos, recios, feroces. Se trataba de hombres de las montañas bravías, hechos a la vida salvaje de la Naturaleza, teniendo que luchar contra ella para sobrevivir.

El profesor arrugó el entrecejo y murmuró:

—«Lolos negros». ¡Mal encuentro!

—¿Gente indeseable? —preguntóle Regis.

—Bandidos salvajes y guerreros, que sólo viven del asalto y el merodeo. Debemos estar ya al borde de las rutas frecuentadas y los «lolos» se disponen al pillaje. ¡Mal encuentro para soslayarle!

—Les recibiremos como se merecen.

—Pero presumo que sean muchos. Las bandas de salteadores por estos lugares son numerosas y nunca marchan en pequeños

grupos... ¡Mira!

—¿Nos habrán visto ya? —preguntó Regis, tratando de ocultarse tras las peñas.

Seguramente. Tienen una vista magnífica y trepan como cabras montesas... Allí los tienes, dispuestos a atacar.

Los primeros bandidos que descendían para ganar la meseta, empezaron a lanzar unos gritos impresionantes, señalando hacia el lugar donde nuestros héroes se encontraban y alguno, impaciente, preparó su arco disparando algunas flechas, que quedaron algo cortas.

Regis, furioso ante la presentación de tales enemigos, empuñó el revólver y apuntando al que se destacaba en cabeza disparó.

El «lolo», que había recibido el tiro en pleno pecho, rodó desde el peñasco en que aún se mantenía en pie y fué a estrellarse con los más bajos, quedando tendido sobre ellos sin dar señales de vida.

—Bueno —murmuró Regis—, por lo menos este simio de las montañas no volverá a molestar a nadie con sus jugarretas.

Un griterío horrible estalló en las alturas. Los «lolos», furiosos ante la caída de su compañero, se lanzaron como cabras por los peñascales, tratando de rebasarlos rápidamente para alcanzar la meseta y atacar a sus inopinados enemigos.



Los tres aventureros, parados por los orangutanes...

Pero roto el fuego, no cabía otra solución que seguir disparando y los tres aventureros, parapetados tras las piedras que les habían servido de refugio, disparaban con calma, procurando aprovechar los tiros, pues no poseían una cantidad excesiva de municiones.

—¡Malditos orangutanes! Son tantos, que me temo que vamos a tener que regresar a Londres para comprar municiones y acabar con ellos.

—Como no envíes tu espíritu a buscarlas... —comentó Karus.

—Mejor será que enviemos el espíritu de esos roñosos, que no se afeitan las barbas nunca. ¡Duro con ellos!

Los disparos se sucedían espaciados, pero seguros, y los primeros

que habían logrado poner pie en la explanada empezaron a sentir los efectos del tiroteo.

Sus compañeros, rabiosos, disparaban sus armas, cuyas flechas llegaban a veces ante el parapeto sin efecto alguno, hasta que, convencidos de que a tal distancia sus armas resultaban ineficaces, decidieron descender todo lo aprisa posible para lanzarse al asalto de aquella improvisada fortaleza.

El profesor comprendió sus intenciones y gritó:

—¡Aprovechar los tiros contra los más adelantados! Si no se arredran y retroceden, como caigamos en sus manos el tormento a que nos van a someter por la debacle que estamos produciendo en sus filas, va a ser espantoso.

—Primero tienen que hacerme pedazos antes de llegar a mí —rugió Regis—. ¡Vamos con ellos hasta no dejar ningún mochuelo asqueroso de estos!

Furiosamente disparaban apuntando a los más próximos, pero a medida que lo hacían, calculaban con angustia que los proyectiles se les iban terminando y que en lo más dramático de la pelea se iban a ver sometidos a emplear de forma desigual sus fuerzas personales.

Regis, de vez en vez, dejaba descansar el revólver y tomando las piedras más factibles de manejar, las lanzaba con rabia sobre sus enemigos, produciendo con ellas los mismos efectos que con su arma, pero esto no bastaba, ya que los «lolos» sumaban más de medio centenar y aunque caían varios, otros iban ganando terreno lenta e implacablemente.

El profesor estudiaba las posibilidades de escape, encontrando éstas casi nulas, pero algo había que intentar cuando se acabasen las municiones si no habían logrado contener el ataque.

Aun abatieron más de una docena, pero ya los «lolos» se acercaban peligrosamente y había que tomar una decisión.

—¿Cuántas municiones nos quedan? —preguntó el profesor.

—A mí doce —contestó Regis.

—Y a mí siete —afirmó el chino.

—Bien, a mí me quedan otras tantas. Con esto no hay para nada, así es que no encuentro más que una solución, dejarnos rodar por la montaña hasta el llano. El descenso es peligroso, pero hay mucha

nieve y la cuesta no es muy violenta. Si os decidís...

—Cualquier cosa, antes que caer en manos de estos caníbales —dijo Regis—. ¡Vamos a intentarlo!

—Tú primero, Kao —advirtió el profesor—. Nosotros cubriremos la retirada hasta el borde de la meseta.

Los «lolos» avanzaban peligrosamente al observar que sus enemigos habían dejado de disparar, y, como gamos, se acercaron al parapeto, pero el profesor y sus amigos, surgiendo de este y lanzándose fuera de él, dispararon casi a bocajarro sobre los más avanzados, tumbándoles de certeros disparos.

E pánico cundió de nuevo en sus filas, y se detuvieron indecisos. Esta duda sirvió para que los tres aventureros saltaran por encima de las piedras, y, a todo correr, se dirigieran al límite de la meseta.

Los bandidos reaccionaron, y varias flechas salieron volando en pos de ellos, pero su movimiento de zig-zag evitó el ser alcanzados.

Volviéndose un momento, dispararon nuevamente para contener la persecución, y luego continuaron corriendo.

Los «lolos» no se explicaban aquella huida hacia un sitio tan peligroso y sin salida, y, creyéndoles presa fácil, se decidieron a perseguirles, lanzando impresionantes gritos de júbilo.

Pero su asombro fué infinito cuando observaron que, llenos de decisión, se dejaban caer a tierra, al borde de la montaña, y luego, como fardos, se lanzaban al vacío.

Aquel intento de salvación era una locura, pero ante la inminencia del peligro no había otra solución.

Kao, que fué el primero en arrojararse sin vacilar por la pendiente, se vió envuelto entre la nieve que arrastraba el rodar de su cuerpo. La blanca masa pulverizada se deslizaba tras él medio cegándole, mientras la frialdad se le metía en los huesos a través de la escasa ropa que vestía. El chino trató de echar un vistazo hacia arriba para localizar a sus amigos, pero no pudo. La velocidad de la caída, unida a la nieve que le precedía, le impedía toda visual.

Sin embargo, cuando rodaba de manera vertiginosa, algo pasó cerca de él, adelantándosele en el viaje, y Kao calculó que se trataba del cuerpo de Regis, que, como más pesado, había adquirido mayor

y más rápida velocidad.

En efecto, Regis, más impetuoso, se había lanzado el último por la cuesta, pero lo hizo tan precipitadamente que pronto pasó por delante de sus compañeros, rodando como un meteoro.

Suerte para los tres fué, que la cantidad de nieve que almacenaba la montaña, aunque suficiente para amortiguar su rodaje, no era abundante como para provocar un alud, pues, de haber sido así, tras ellos se hubiese derribado una tromba de nieve que les hubiese sepultado al final del viaje.

Á pesar de todo, no pudieron evitar el arrastre de cierta cantidad de ella, y así, cuando con loca fortuna llegaron a la falda de la montaña, lo hicieron entre una avalancha de nieve que medio les sepultó, viéndose y deseándose para surgir de aquel pequeño alud, provocado por la caída.

Capítulo cuarto

Vuelve el peligro

COMO les fué posible, y bastante distanciados unos de otros, pues los accidentes del terreno les habían hecho rodar a capricho, surgieron de entre la nieve buscándose con afán. Cada cual consideraba un milagro su salvación, y temían que el resto de sus compañeros, hubiesen perecido en la trágica prueba que tan funestas consecuencias podía tener.

Una gran alegría les embargó, cuando, por fin, lograron reunirse. Habían salvado su piel de manos de los «lolos», e incluso habían ganado camino, pero se encontraban en estado deplorable de ropaje.

Los tres se miraban con angustia al ponderar su estado, y, sobre todo, al echar de menos sus exagües morrales, que se habían perdido en la caída.

—¡Estamos divertidos! —Exclamo Regis—. Si tardamos mucho en llegar a sitio habitado, no nos quedaremos aquí muertos de hambre y de frío.

—De todas suertes, así no podemos entrar en poblado. Nos acosarían los perros... ¿Qué podemos hacer?

El profesor, que examinaba atentamente el paisaje, dijo:

—Caminar en aquella dirección primero, para no quedarnos

fríos, y segundo, para alcanzar aquella cinta oscura que se distingue a lo lejos, y que si no estoy equivocado, es la que conduce a la aldea de Talong.

—¿Qué aldea es esa?

—Una bastante importante. Está situada a media ruta, entre Lhasa y el lago sagrado de Tengri-Nour, al que acuden los peregrinos antes de entrar en la ciudad santa. En sus colinas hay enclavado un monasterio, regido por los lamas

Pon-ho

, que venden a los peregrinos infinidad de indulgencias y oraciones. Ya tendrás ocasión de comprobarlo cuando lleguemos.

—¡Si llegamos! —murmuró el pesimista criado, avanzando el primero en la dirección indicada por el profesor.

Medio a rastras, debido al cansancio y al quebrantamiento de huesos que les agobiaba, cortaron camino a través de una leve capa de nieve que cubría el valle, y que se iba difuminando a medida que avanzaban, hasta desaparecer por completo.

Ahora pisaban un terreno húmedo, pero terroso, en el que, de vez en vez, surgían signos de vegetación. El terreno, algo ondulado, formaba declives, que unas veces les permitían abarcar una buena extensión de paisaje, y otras, casi se los ocultaban a la vista.

La senda había desaparecido debido a una pequeña cadena de colinas que se interponían a su paso, y los tres, valientemente, deseando llegar cuanto antes a poblado, atacaron su ascensión, animosos y decididos.

Kao, más ligero, aunque tan cansado como sus amigos, era el primero en coronar las dunas, y, una de las veces, cuando se encontraba sobre la más alta cima de la cadena, se inclinó rápidamente, ocultando su menuda persona entre las peñas de la cúspide, e hizo señas a sus compañeros para que avanzasen con precaución y sin darse a ver.

Regis, inquieto, llevó la mano a la cintura donde aún conservaba el revólver, y murmuró:

—¿Más bandidos? ¡Es lo que nos faltaba para completar la jornada! Esta vez, como nos descubran, no hay nada qué hacer para escapar con vida.

El profesor, sin hacer comentario alguno, acabó de coronar la

cuesta, y, seguido de Regis, llegó a la cúspide, arrojándose a tierra para poder mirar sin ser descubierto.

Abajo, al otro lado de la duna, en una especie de pequeña cañada rodeada de eminencias, descubrieron un grupo de ocho o nueve personas, que debían haber acampado allí para descansar de las fatigas del viaje.

A juzgar por lo que pudieron abarcar desde su observatorio, todos eran mogoles. Se les descubría en los rasgos característicos de sus facciones angulosas, en sus narices aplastadas y en el color oscuro amarillo de su piel.

El profesor no necesitó un examen muy rápido para descubrir que todos eran peregrinos, que marchaban a Lhasa, a las fiestas de primero de año.

Todos se hallaban de pie, en animado grupo, pero a su lado podían distinguirse los «khurgas», una especie de mochila, fabricada con cañas de bambú, que se colocan a la espalda durante el viaje, y en las que guardan las vituallas para los noventa días en que se calcula el viaje hasta la ciudad santa. Colgado de una de las aristas, se distinguía el «ambag» o escudilla, donde beben el agua, pues ninguno se siente capaz de bebería en recipiente alguno que no sea el propio.

Vestían unas zamarras de piel de «yak», y pantalones, también de piel de cabra, y protegían sus piernas con recias botas de cuero con polainas, sujetas con tiras de piel hasta cerca de las rodillas. Sus cabezas las protegían de los rigores del frío con unos casquetes de estilo ruso, que se hundían hasta debajo de las orejas.

Algunos llevaban colgando de la cintura agudos puñales chinos, mientras otros, sujetaban en sus recias y amarillentas manos unas estacas estrechas por la punta, pero rematadas por una especie de bolas naturales, de la misma madera, que debían constituir un arma terrible bien manejada.

El grupo no debía estar en buena armonía, pues se les distinguía gesticulando fieramente, y, mientras unos llevaban, de vez en vez, la mano derecha a la cintura, donde pendían los puñales, otros accionaban amenazadoramente, manejando las recias estacas.

Súbitamente, un clamor unánime se escapó del grupo, y, lanzándose los unos sobre otros fieramente, empezaron a pelear

entre sí. Los que poseían puñales, que eran los más, trataron de caer sobre sus rivales, armados de porras, pero, éstos, esquivando la acometida, manejaban sus terribles armas con fiereza, entablándose una terrible batalla, que duró escasamente cinco minutos, pues al cabo de los cuales, tres de los que pertenecían al grupo de los que se defendían con arma blanca, habían caído a tierra, heridos de trágicos golpes de estaca, mientras otro, perteneciente al grupo menos nutrido, se revolcaba en tierra, arrojando sangre por una herida en el vientre.

Parte de los luchadores, recogiendo rápidamente sus «khurgas», huían vergonzosamente, dejando abandonados a sus compañeros caídos, mientras los vencedores, arrojándose sobre el botín de los vencidos, pugnaban por apropiárselo, provocando casi una nueva disputa entre ellos por la posesión de los codiciados morrales de bambú.

Regis, dándose cuenta del motivo de la disputa y estimando que se les presentaba una ocasión única para equiparse, cambiando sus desastradas ropas por otras mejores, de más abrigo, y más apropiadas para poder pasar desapercibidos, sacó el revólver, y antes de que el profesor pudiera oponerse, disparó sobre el grupo, gritando:

—¡Adelante, profesor, vamos también por nuestra parte en el botín! A ver si son capaces de disputárnoslo a nosotros con el mismo valor.

Disparando de nuevo, echó a correr colina abajo, expuesto a rodar de bruces por el ímpetu de la carrera, mientras sus compañeros le secundaban, disparando un par de tiros para amedrentar a los mogoles.

Uno de éstos había caído herido al ser alcanzado por el tiro de Regis, y el resto, considerándose impotente para hacer cara a aquellos enemigos mejor armados, abandonaron el botín, huyendo como gamos hasta desaparecer de la vista de los tres aventureros.

Cuando estos llegaron al llano y acercaron al grupo, dos de los mogoles habían muerto con la cabeza destrozada. El otro que había sido herido de una cuchillada, agonizaba, y el que fué alcanzado por el tiro de Regis se arrastraba con una pierna rota.

El criado se dirigió a éste, y, poniéndole el revólver en la sién,

preguntó:

—¡Habla!, asqueroso bicharraco de piel de rana! ¿Por qué os habéis peleado?

El mogol se negó a hablar, pero Regis le administró un recio culatazo es la pelada cabeza, que le obligó a lanzar un rugido de dolor.

—¡Basta! —gimió—. Se nos acaban los víveres, hemos hecho una jornada muy larga y queríamos los de los otros.

—¿Con que ladrones de oficio, eh? ¿Y tú sabes la pena que se aplica a los salteadores de caminos?

El mogol, que se había replegado sobre sí mismo hecho un ovillo, parecía no oír, pero, de repente, sacó el brazo que tenía escondido debajo de la cintura, y un agudo puñal brilló en su mano al lanzar un golpe brusco sobre el pecho de Regis, pero el arma, al tropezar en la cota de malla, se quebró como el cristal, sin herir al criado.

Este sintió tal rabia por el ataque traicionero que, sin dudarle, levantó el revólver y lo dejó caer de nuevo sobre el cráneo del mogol. Esta vez el golpe, dirigido con toda brutalidad, bastó para producir la muerte al chino.

—¡Otro sapo menos! —gritó—. ¡Si no llevo la cota, aquí se habrían acabado mis aventuras.

Apartándole asqueado con el pie, se dirigió a los caídos, y después de examinarles, comentó:

—Me parece que todo lo que nos queda por hacer aquí es despojar a estos renacuajos de sus vestiduras, y embutirnos en ellas. Yo ya lo estoy deseando, pues me muero de frío.

Y, uniendo la acción a la palabra, empezó a desvestir al más robusto de los caídos mogoles, y como las heridas que sufrían en la cabeza no habían manchado las ropas, no encontró obstáculo para ponérselas.

Karus le imitó, y el chino tuvo que aprovechar parte de la ropa de los otros dos caídos, para procurarse un atuendo completo.

Ahora, ataviados con aquel ropaje casi extraño, se encontraban unos a otros distintos, pero en el fondo estaban muy alegres, pues las ropas de piel abrigan cumplidamente y sus cuerpos agradecían aquel calor.

Terminada la tarea, el profesor perplejo, preguntó:

—¿Qué hacemos con estos desgraciados?

—¿Cómo desgraciados? —preguntó Regis escandalizado—. ¡Si han subido al paraíso de Buda, que les recibirá con los brazos abiertos!... Esta carroña la haremos desaparecer, por si dejarla aquí nos acarrea alguna complicación.

Como no había por allí cerca sima alguna donde lanzarlos, Regis, ayudado por el chino, cavó una fosa a poca profundidad, y depositando los cuerpos los cubrió con gran cantidad de piedras.

—Así no denunciarán los buitres su presencia —dijo—. Ahora nadie nos impide caminar usurpando sus personas.

Registradas las «khurgas», las encontraron bastante provistas de carne ahumada y congelada, tortas de arroz con manteca, paquetes de té y algunas otras cosas. También hallaron unos recipientes de lata, que debían servir para cocer los alimentos.

—¡Bravo! —comentó el criado—. Creo que con esto nos vamos a dar un banquete antes antes de llegar a esa maldita ciudad de los Lamas. Yo tengo el estómago en los talones.

—Y yo —aseguró el profesor—, pero no es este lugar indicado.

—A lo mejor los huidos tienen compañeros cerca y han ido en busca de refuerzos. Vamos de aquí y ya acamparemos en lugar más seguro.

—Usted gana —dijo Regis—, pero dudo que mi estómago me lo agradezca.

—Pero me lo agradecerá tu pellejo —contestó humorístico el profesor—, si es que tienes interés en seguir conservándole.



—¡Adelante, profesori...

—Por lo menos hasta conseguir hacerme una zamarra con el del Sapo número 1. Después, creo que puedo morir satisfecho de haber hecho algo útil en el mundo.

Y cargando con su mochila, echó a andar en pos de Karus y seguido del chinito, que parecía haber revivido bajo el cálido ropaje.

En lugar de dirigirse directamente hacia el sitio por donde discurría la estrecha faja de terreno, que servía de ruta a los peregrinos, retrocedieron de nuevo por las colinas, alejándose de allí. Debían unirse a las caravanas más hacia atrás, de forma que, si algo se descubría y les buscaban, les creyesen camino de Lhasa, cuando en realidad se hallaban mucho más a retaguardia.

Cuando encontraron un lugar apropiado, establecieron el campamento, y, recogiendo arbustos y gramíneas, encendieron fuego, poniendo a calentar agua de la que les quedaba en uno de los odres que habían conservado.

Cocieron trozos del tasajo de una de las «khurgas», y añadieron sal de un pequeño saco que encontraron en la misma, confeccionando un guiso, que, si no era una maravilla, a ellos les pareció un manjar exquisito.

Satisfecho el hambre, decidieron no moverse de allí hasta el día siguiente. Si se les buscaba o buscaban a los desaparecidos mogoles,

debía darse tiempo a que las pesquisas muriesen por falta de indicios para localizarles.

Lo que más entusiasmó al profesor y a Regis, fué haber encontrado en los morrales unas viejas pipas de madera y alguna cantidad de tabaco. Llevaban mucho tiempo sin fumar, y el tabaco, aunque malo, les supo a gloria.

Cuando cayó la tarde, buscaron refugio entre las peñas, y como se hallaban bien abrigados, no tardaron en dormirse, prestándose aún más calor con sus unidos cuerpos,

Así, por la mañana, cuando les sorprendió la salida del sol, un sol bastante más alegre que el que habían visto lucir hacía mucho tiempo, se encontraban fuertes, optimistas y dispuestos a correr la aventura hasta el final, seguros de su éxito definitivo.

Capítulo quinto

Reaparece el peligro

ANTES de partir, el profesor advirtió :

—¡Un momento, Regis!... Nos encontramos a las puertas del cubil del lobo y no debemos jugar con nuestro pellejo. Lhasa es la ciudad prohibida para los extranjeros, que, a pesar de los esfuerzos de nuestros compatriotas, tienen pena de la vida si se atreven a penetrar en sus sagrados muros. Por lo tanto, vamos a perfeccionar lo posible nuestra caracterización, y te ruego que de aquí en adelante hables lo menos posible y mires donde y como lo haces. Tu dominio del idioma es muy deficiente y podrías encender la mecha que hiciera explotar el volcán.

Buscó dentro de su cota la cajita de las pinturas que había conservado como una reliquia, y se dedicó a retocar el estropeado maquillaje de su criado, hasta conseguir prestarle un aspecto mogólico bastante aceptable. Sin grandes rasgos, que acusasen la pureza de raza, podía pasar por un mogol vulgar, pero auténtico.

Terminada esta labor, y eligiendo un camino definido en línea recta, fueron cortando terreno hasta alcanzar, por fin, la faja de tierra que se conocía en la región por la «ruta de los peregrinos».

Pronto empezaron a encontrar huellas de vida y animación humana. Algún peregrino aislado, caminaba agobiado por la larga y

fatigosa jornada, siempre portando a la espalda su imprescindible «khurga», y, a lo lejos, se distinguían confusamente algunas toscas construcciones de piedra y adobe con torres en forma de campanas invertidas y un remate puntiagudo sobre ellas.

A Regis le llamaron la atención tales construcciones, y preguntó:

—¿Qué son esos edificios tan miserables? ¿Viviendas de campesinos acaso?

—No. Se trata de las llamadas «torres de oraciones», donde los monjes tibetanos guardan millares de ellas escritas, que ofrecen a los peregrinos mediante una cantidad adecuada.

—No sabía que eso fuera un artículo de venta.

—No te asombres por tan poca cosa —añadió el profesor—. Durante la ruta encontrarás docenas y aun cientos de «dotcheus» y «cairns», levantados por el espíritu fanático de los ламas y sus adeptos.

—¿Qué son «dotcheus» y «cairns»? —preguntó Regis, a quien la jerga del idioma tibetano se le atragantaba.

—Pues, son «ofrendas de piedra» y monumentos pétreos locales. Los tibetanos acumulan piedras ante cualquier ruina, formando un monumento que sirve para que los fieles de tránsito se posternen y lancen sus rezos con el «molinillo de las oraciones» en la mano.

—¿Qué es un «molinillo de oraciones»? ¿Acaso salen fabricadas de él como si se moliese café?

—¡No seas ingenuo, Regis! —sonrió el profesor—. Se llama «molinillo de oraciones» a una especie de rosario que todos llevan bien guardado en una cajita... ¿No has encontrado tú uno dentro de tu «khurga»?

—¡Ah!... ¿Es esto el molinillo? En verdad que los tibetanos son pintorescos poniendo nombres a las cosas...

Karus le tiró de la manga para que callara. Se habían acercado insensiblemente a uno de aquellos míseros edificios, donde un monje de largo sayal amarillo aparecía en la puerta ante un grupo de peregrinos, entre los que repartía algo que no acertaban a distinguir, mientras que alargaba su famoso tazón limosnero en demanda del óbolo tradicional para los monasterios.

Los peregrinos desfilaban tomando su oración a cambio de la limosna, y luego de recitarla frente al túmulo de toscas piedras,

colocado enfrente, reanudaban su marcha para detenerse más allá a repetir la oración.

Cuando terminaban su recitado, un grito, siempre repetido, ponía fin al acto:

—«¡Lha-gyalo! ¡De tanteché pam!».

—¿Qué diablos dicen? —murmuró Regis al oído del profesor.

—«Los dioses triunfan». «Los demonios son vencidos». Apréndetelo bien, porque tendrás que repetirlo muchas veces.

—¡Al diablo con la cantinela! —rezongó el criado—. Aquí no hay otros demonios que los lamas y la camarilla de Wang-Cheng y todavía no les hemos acogotado.

Tomaron su oración, depositaron su limosna frente al hacinamiento de piedras, mascullando el texto escrito, para terminar entonando la fórmula mágica que ahuyentaba a los demonios.

Realizado esto, continuaron por la senda. Ahora ésta aparecía de vez en vez salpicada por una mancha movible, que avanzaba penosamente. La jornada de los peregrinos había sido para algunos demasiado dura y acusaban el cansancio, arrastrando los pies y encorvando el cuerpo al avanzar.

Lejos, una nube de polvo anunciaba el paso de una caravana que llevaba por delante sus rebaños de carneros salvajes y «yak», para venderlos en la capital. Eran gente de los «dokpas» (las soledades), y durante jornadas agotadoras, habían caminado de «mi deusa en mi deusa». (Campamento), cruzando montañas y «La». (Callado), ansiosos de poner fin a tan agotadora caminata.

De vez en vez, les sorprendían intercalados con las «torres de oraciones», unos altos palos coronados por banderolas. Eran los «árboles de bendición», donde un modesto lama bendecía el paso de los peregrinos.

La jornada iba resultando monótona, cuando un vibrar de trompetas y un redoble furioso de tambor, llamó su atención poderosamente.

—¿Qué sucede? —preguntó Regis—. ¿Hay desfile militar?

—No —aseguró Karus—. Debe ser algo relacionado con la ruta.

Avanzaron hacia el lugar del estruendo, ante el que ya se habían detenido algunos peregrinos y descubrieron dos monjes, que,

armados de trompeta y tambor, parecían dos heraldos de feria, tratando de acumular auditorio.

A un lado, una especie de muro derruido se erguía por un milagro de estabilidad, y, ante él, varios monjes provistos de un tosco cubo y una brocha, se disponían a escribir algo sobre el adobe, ante la expectación de los peregrinos.

—¿Qué demonio hacen esos tipos ahí? —preguntó Regis.

—¡Enmudece, sempiterno hablador, y mira! —fue la respuesta del profesor.

Un monje tomó la brocha, y escribió:

¡Om

ma-ni

pad, me hum!...

La frase fué repetida entre alaridos salvajes, y luego de mil reverencias, los peregrinos continuaron su ruta.

—Me he quedado igual que estaba —aseguró el criado muy serio—. ¿De qué se trata? ¿Es el anuncio de algún festejo interesante?

—No. Esa es la frase sagrada del lamaísmo, y en ella se condensa toda la esencia de su doctrina. Quiere decir: «¡Oh joya en el loto, así sea!», aunque no todos estén de acuerdo en que esta sea la traducción exacta, pero lo cierto es que condensa la esencia de su religión.

—Bueno, pues no me he conmovido por ello. Es una esencia que no me ha llegado a la nariz.

Karus rió la ocurrencia y continuó su camino, mientras otros peregrinos, que iban llegando tras ellos, se detenían ante el muro a recitar la palabra mágica.

La senda descendía levemente, y al atardecer, cuando ya se mostraban más que cansados de aquella caminata, distinguieron en la lejanía, sobre la brusquedad de la pina senda, un hacinamiento de modestas casas de piedra, madera y adobe, asentadas en torno a un edificio más majestuoso.

Se trataba de la aldea de Talung, que cortaba el camino por la mitad, entre el lago sagrado de Tangri-Nour y la ciudad de Lhasa.

—¡Por fin! —murmuró el profesor—. Al cabo de docenas de días, vamos a penetrar por vez primera en sitio habitado. No sé lo que nos esperará ahí, pero sea lo que sea, lo prefiero, antes de

seguir durmiendo como los «yaks» al aire libre.

—¿Teme usted alguna sorpresa ahí dentro? —preguntó alarmado Regis.

—Ahí en Lhasa, no olvides que si Wang-Cheng nos deja llegar sin contratiempos al cubil de los lamas, sus esperanzas de arrebatarnos el tesoro se desvanecerán como la espuma.

—Cierto —advirtió prudentemente Regis—, pero tampoco nosotros debemos hacernos muchas ilusiones. No hemos plantado los olivos y ya estamos dispuestos a mojar en el aceite. Llegaremos a Lhasa posiblemente, pero, ¿quién le quita el anillo al Dalai-Lama? ¡Este es el hueso!

—Bueno, pero tampoco hemos perdido la esperanza de hacernos con él. Todo estriba en las dificultades que nos cierren el paso. No rechazo que vamos a jugar una carta difícil y peligrosa, pero tantas hemos jugado con éxito, que me cuesta trabajo pensar que fracasemos en última instancia.

—Haremos por no fracasar. Un europeo vale por un millón de chinos y por un millón y medio de tibetanos. Entre usted y yo poseemos el ingenio de tres millones de amarillos biliosos, y si unimos el ingenio de Kao, que parece haberse quedado mudo desde que viste como los principales mogoles el éxito no es dudoso.

Kao sonrió complacido al oír el comentario de Regis, y afirmó:

—Kao nada tener que decir. Cuando llegue ocasión, Kao hará lo que europeos. Kao valer también por millón de chinos y millón y medio de tibetanos.

—¡Bravo, pequeño! Cuando nos apropiemos del tesoro, te voy a regalar unos zarzillos que te van a llegar a los pies, y te haré una sortija de oro y brillantes, que necesitarás un escuadrón de criados forzudos para transportarlos.

No se habló más. Estaban a las puertas de la aldea y no convenía llamar la atención de los cientos de peregrinos que se encontraban en ella.

Talung era una aldea bastante importante, que sumaría un censo de población de seis a siete mil habitantes.

De calles estrechas y mal cuidadas, edificios de uno y dos pisos, con ventanas sin cristales, algunos comercios de misérrimo aspecto, en los que se vendían pieles de carnero «yak» y cabra, o artículos de

calderería y joyería artística, se hallaba siempre bastante concurrida, por ser paso obligado para la ciudad de los Lamas.

Por las calles se repartían infinidad de tenderetes con frutas, artículos de piel y arte, flores frescas, pues era la época de una cosecha prematura, y otros artículos que llamaban la atención de los «dokpas», a quienes todo aquello les parecía una maravilla, en contraste con la vida triste, solitaria y carente de todo, de sus «mi deuse».

Nuestros tres aventureros, confundidos con un buen pelotón de peregrinos, alcanzaron los arrabales, en ocasión de que varios individuos, de fiero aspecto, armados de terribles látigos de cuero, rodeaban a los viajeros, impidiéndoles el paso hasta no proceder a un minucioso examen de ellos.

Tenían la nariz achatada, los ojos oblicuos, la faz alargada, los pómulos salientes y la piel amarilla. El pelo muy negro y espeso, les caía sobre la frente y la espalda, y lucían en una oreja un zarcillo, y en la otra un botón de coral rojo.

Vestían una «kiova» o toga larga y ancha, de lana doble, forrada, unida de forma que se asemejaba una bolsa, por debajo de la cintura, descendiendo hasta la rodilla y dejando el brazo derecho libre. Calzaban sus pies con botas de fieltro, con vistas de cuero, y «lhamjins» o rodilleras, y, sobre el cinturón de cuero que ceñía sus caderas, colgaban los «tsussa» o sables rectos, que se atravesaban sobre el vientre para más comodidad.

A la espalda, lucían los «medas» o fusiles de mecha, con su horquilla de apoyo, y el estuche de piel de marmota; y tocaban sus cabezas con pañuelos anudados, de vistosos colores, por entre los que se escapaban los rebeldes mechones de cabellos largos y espesos.

Karus supuso que se trataría de policías especiales al servicio de los lamas, y una viva inquietud se apoderó de él, al ponderar que del examen no saliesen bien librados.

Pese a su disfraz, no podían disfrazar también su lengua, sobre todo Regis, y si los tibetanos descubrían en ellos a dos europeos entrometidos, corrían el gravísimo riesgo de ser apresados y seguramente condenados a una muerte cruel y refinada, por profanar una ley de la que se mostraban tan celosos.

Karus tocó con el codo a Regis y murmuró:

—Tenemos que evadimos de este examen o somos hombres muertos. Kao puede pasar, pero nosotros no resistiremos el análisis.

—¿Qué hacemos entonces? —preguntó Regis inquieto.

—Escúrrate como puedas y yo haré lo mismo. Nos encontraremos junto al último «árbol de bendiciones» del camino. Di a Kao que entre y que esta noche nos espere por estos alrededores. Quizá encontremos el medio de pasar burlando a esos feroces esbirros.

Iban a poner en práctica su plan todo lo disimuladamente que les hubiese sido posible, cuando un ruido de agudas trompetas, acompañado de ronco batir de tambores, no sólo llamo su atención, sino que sobresaltó a los tibetanos que se disponían a proceder al reconocimiento de los peregrinos.

Dándoles orden de que se quedasen donde estaban, para proceder más tarde a la ceremonia, se lanzaron a todo correr hacia la estrecha carretera, mientras Karus, dándose cuenta de la ocasión que se les presentaba, musitó al oído de Regis:

—¡Pronto! Escúrrate como puedas y vamos a penetrar en la aldea. Kao nos precederá, y dentro estudiaremos lo que hemos de hacer.

Se escurrieron del grupo, muy embebido en contemplar lo que sucedía en la carretera, y por entre unos restos de derruidas murallas, a lo largo de las cuales se alineaban los peregrinos, se deslizaron en el poblado.

Los tres creían no interesarles poco ni mucho el motivo que les había facilitado evadir a aquel reconocimiento, y, sin embargo, ¡qué lejos estaban de sospechar que aquel incidente era de carácter capital para ellos!

Al estridente vibrar de las trompetas, y al ronco batir de los tambores, avanzaba por la ruta una nutrida caravana, que en nada se parecía a la de los peregrinos que constantemente inundaban la ruta.

Se componía de más de medio centenar de personas, y ninguna vestía el clásico zamarro ni la «kiova» de los tibetanos.

Vestían el característico traje chino o mogol, con las túnicas hasta los pies, o los casacones de seda atados a la cintura, salvo

algunos que vestían de manera más llamativa y espléndida.

La caravana aparecía dividida y en un orden muy parecido a una procesión. Figuraban, en primer término, unos veinte chinos, armados de carabinas colgadas sobre el hombro, y luciendo en sus cinturas los agudos puñales chinos.

Detrás, sobre un camello cubierto de polvo y barro, se erguía una figura ricamente ataviada, a la que no se le podía distinguir bien por preservar su rostro y su cuerpo con una capa roja y la cabeza con un gorro cónico, rematado por una bola de coral, signo de los mandarines. Tras él, dos camellos, cargados de impedimenta, parecían escoltarle, y cerraban la marcha una doble fila de mogoles, también armados, entre los cuales podían distinguirse hasta doce o catorce individuos, atados en hileras para que no pudiesen evadirse, y con las manos sujetas a la espalda.

Aquellos individuos, sucios, destrozados, famélicos, casi arrastrándose por la ruta, pues carecían de fuerzas para moverse, debían ser prisioneros; y sus guardianes, cuando se retrasaban a causa de la fatiga, esgrimían unos fieros látigos con los que azotaban sin compasión sus espaldas, obligándoles a avanzar.

Los tibetanos corrieron hasta la caravana, dando gritos intraducibles, mientras uno de ellos, corriendo en dirección opuesta, se internaba por la aldea tomando la calle principal para dirigirse al santuario.

Los peregrinos, tanto los que aguardaban fuera como algunos que ya estaban dentro, atraídos por el espectáculo, salieron al camino para contemplarle, pero los tibetanos, agitando amenazadoramente sus látigos, les obligaron a retroceder a la entrada de la aldea.

El que parecía jefe de aquella singular policía se adelantó hasta el camello, y, acercándose al que le conducía y rascándose la oreja al tiempo que sacaba la lengua con movimientos rápidos, se inclinó.

El guía le contestó en idéntica forma —peculiar saludo este que hacen los tibetanos a sus amistades y gente de alcornia—, y luego, señalando al que, hierático y rígido, permanecía sobre el camello, murmuró:

—Avisa al Gran Lama del santuario que ha llegado el mandarín de Tien-tsing, que viene en peregrinación a Lhasa.



Sobre un camello cubierto de polvo y barro, se ergula una figura

El tibetano se inclinó, y señalando a los infelices que figuraban a retaguardia de la caravana, preguntó:

—¿Quiénes son éstos?

—Bandidos de una miserable secta llamada «El loto azul», que habían fraguado un complot para asaltar el monasterio de Sera y robar sus tesoros, y a los que mi amo y señor ha descubierto. Pudo matarlos en el acto, pero los trae a ofrecérselos al «Jaino», para que los sacrifique al Genio del Mal durante los veintitrés días que duren los festejos. Sus cuerpos impuros deben servir para ahuyentar los demonios de nuestras almas y purificar la atmósfera.

—Que Buda premie tu interés por nuestros tesoros y por nuestro Dalai-Lama. El «Jaino» agradecerá el presente y sabrá proceder con ellos en forma adecuada.

Wang-Cheng, que había escuchado el diálogo sin mover un solo músculo de su rostro, hizo una seña al guía, y éste insistió:

—¿Quieres avisar al Gran Lama?

—Di a tu señor, el gran mandarín de Tien-tsing, que ya han corrido a avisar su presencia. Dentro de pocos minutos acudirá a recibirle tan dignamente como merece.

La caravana continuó avanzando hasta los arrabales del poblado, y cuando hacía su entrada en él, los peregrinos se agitaron abriéndose en dos filas, y por entre ellos avanzó un tibetano, de facciones angulosas, rostro apergaminado y cuerpo delgadísimo, que vestía un largo sayal amarillo. Era el Lama del monasterio, que, avisado por el tibetano, acudía a recibir a tan conspicuo personaje.

Se acercó al camello, y haciendo una profunda reverencia exclamó:

—Que Yama, el dios de la nieve y de las regiones subterráneas, vele por tu alma y la preserve de todo mal; que Indra, el dios del firmamento, proteja tus pasos, y que Yamantaka, el dios de la riqueza te colme de ellas y de honores. Sé bien llegado a nuestro humilde monasterio y dispón de mi humilde persona como gustes.

Wang-Cheng extendió su mano, haciendo un signo extraño con ella, y contestó:

—Y a ti, que Yumba, el dios que todo lo puede y que preside nuestro monasterio de Lhasa, te colme de dicha y lleve tu espíritu al lago de Tengri-Nour, para que se purifique y pueda llegar al paraíso de Buda.

Cambiado este saludo de ritual, el Lama señaló con la mano el monasterio, que se erguía sobre la colina, diciendo:

—El monasterio es tuyo; serás mi huésped de honor.

—Gracias —replicó Wang-Cheng—, pero no quiero abusar de vuestra hospitalidad. Te entregaré esos asquerosos profanadores de nuestra religión, que he traído a la zaga, y los encerrarás hasta que parta a Lhasa, donde debo entregárselos al «Jaino» para su sacrificio. Es un presente que le debo y que me agradecerá infinito.

—Que Buda premie tus servicios. Guardaré tus presos como guardo mi alma del demonio, y te los devolveré cuando lo ordenes... ¡Pronto!... Haceros cargo de esta carroña.

Los tibetanos, se dirigieron al grupo de prisioneros, y, agitando sus látigos brutalmente, les obligaron a separarse de sus guardianes para emprender el camino del monasterio, mientras la comitiva se perdía por las calles del poblado.

Karus y sus compañeros, que, después de burlar la vigilancia de los tibetanos, sentían una honda curiosidad por conocer el motivo que había obligado a los policías de los lamas a abandonar su requisa para salir a recibir a la caravana, se escondieron tras unas casuchas próximas a la calle principal, y aguardaron. Habían calculado que si se trataba de algo interesante, aquella sería la ruta a seguir.

En efecto, pronto aparecieron a su vista, en primer término, la reata de prisioneros, conducidos a latigazos por los tibetanos, y Kao, que poseía una vista excelente, hizo un brusco movimiento, y,

aferrándose al brazo del profesor, murmuró:

—¡Oh, honorable señor!... Esos presos...

—¿Qué sucede con esos presos? —preguntó alarmado Karus.

—Pues, que son... ¡los que asaltaron el junco!

—¿Oué dices? ¿Estás seguro?

—Kao seguro... Reconoce facciones de algunos... Son los de «El loto azul».

—Entonces... Eso quiere decir que los secuaces de Wang-Cheng han logrado rescatar a los que ellos habían apresado...

Regís, nervioso, tiró del profesor para ocultarle mejor tras el ángulo de la fachada, y murmuró:

—No se esfuerce más en pensar, profesor. Vea quien avanza a lomos de ese elegante camello.

El profesor asomó la cabeza por el chaflán, y, vivamente, volvió a retroceder. Acababa de reconocer al terrible jefe de «El dragón de fuego», que, erguido sobre el camello, lanzaba inquisitoriales miradas a un lado y a otro de la calle, como buscando alguna fisonomía conocida.

—¡Bien! —murmuró Karus—. Esto complica la situación. Prefiero sentarme sobre un avispero a continuar aquí media hora más. Dentro de poco, toda la jauría de «deggs», que secundan las órdenes del Gran Sapo, se lanzarán a registrar la aldea de punta a punta, y corremos el gravísimo riesgo de terminar aquí la aventura.

—Vámonos cuanto antes.

—¡Un momento, profesor! —advirtió Regís—. Espere a que sepamos algo más. Por pronto que pretendan empezar la búsqueda, nos dará tiempo a huir. Además, la noche se avecina y esto nos ayudará enormemente.

Cuando todo el séquito de Wang-Chen

hubo desfilado por delante de ellos, abandonaron discretamente su observatorio y se unieron al grupo de curiosos que precedía a la caravana.

Con asombro, observaron que mientras los presos eran conducidos calle arriba hasta el recinto amurallado del santuario, Wang-Cheng, seguido de una docena de adictos, torcía por una calleja transversal, y el resto de sus acompañantes se dispersaban

por el poblado.

—¿Cómo no se dirigirá al monasterio? —preguntó Regis—. Lo lógico era hospedarse allí, ya que ese sapo amarillo de Lama debe ser otra rana a sus órdenes.

—También me choca a mí eso —aseguró Karus—. Y me agradaría saber cuáles son sus planes para estar en guardia.

Kao se adelantó, diciendo:

—Honorable señor espera aquí. Kao irá tras sapo primero.

—Bien, pero no tardes. Estamos sentados sobre un barril de pólvora y no me gustaría verle explotar debajo de nuestras posaderas.

Kao desapareció para regresar un cuarto de hora después.

—Sapo primero —dijo— se hospeda casa de un tibetano rico, que cede sus habitaciones. Ha salido con criados y ha dejado casa a ranas biliosas...

—¡Bravo! —dijo Regis—. Ya te estás acostumbrando a llamarles por sus nombres de albañal. ¿Qué más?

—No sé... Casa aislada cerca de una plaza pequeña... No vi más...

El profesor, que estaba estudiando todos los pros y los contras de la situación, tomó una decisión rápida y dijo:

—¿Tienes miedo de quedarte aquí, pequeño?

—Kao no tiene miedo a nada, honorable señor.

—En ese caso, escucha: Como tú solo no puedes ser sospechoso, pues la gente de peligro somos nosotros, te vas a quedar aquí y vas a hacer lo posible para averiguar cuáles son las intenciones de Wang-Chen

. A lo mejor viene solo de paso y se larga rápidamente, creyéndonos en Lhasa, o por el contrario, está decidido a asegurarse de que no estamos o hemos llegado aquí. Nosotros nos vamos a esfumar ahora mismo, y nos vamos a refugiar en aquella cadena de colinas que se ven allá al este. Es un refugio bastante bueno y defendible, y seguramente a nadie se le ocurriría buscarnos en él. Si logras averiguar algo, vienes a buscarnos. Lanza el canto del cuco, que ya te responderemos, y según la noticias que nos traigas trazaremos un plan. Si se queda, podemos adelantarnos a él y dejarle aquí mientras entramos en Lhasa, y si se va, entonces veremos qué

precauciones tomamos para poder penetrar en la ciudad, sabiendo que nos ha tomado la delantera y que tratarán de tendernos todas las trampas posibles para hacernos caer en ellas. Esto es muy elemental para defender nuestras vidas.

El chinito, decidido, se aseguró el revólver debajo de su zamarra, y resuelto contestó:

—¡Honorables señores pueden ir tranquilos! Kao sabe hacer y procurará descubrir cosas.

—Pero sin exponer tu vida, ¿eh?... Bueno que nos salga al paso peligros imprevistos, pero no los busquemos imprudentemente.

—No teman, honorables señores, por mi vida —contestó con entereza el bravo chinito—; yo quiero aportar el máximo de esfuerzo a quienes tanto han hecho por mí.

—¡Bien, muchacho, bien! —replicó Regis mirándole con simpatía—. Cada día que transcurre me ratifico en la cuenta de que para nosotros eres una joya de inapreciable valor.

Las sombras empezaban a caer sobre el poblado, y Kao, como un fantasma, abandonó la calleja, perdiéndose en el conglomerado de casuchas que componían la pequeña ciudad, mientras Karus y Regis, con los revólveres amartillados en los bolsillos de sus zamarras y los ojos bien abiertos para no dejarse sorprender, se dirigían a la parte contraria a la ruta para mejor pasar desapercibidos.

Sabían que la vigilancia se establecería en la entrada, y que los terribles hombres de los látigos estarían en aquella parte, y contaban con ello para evitar cualquier peligro mayor.



El Dragón de Fuego

El Tibet es una de las regiones más misteriosa e inaccesibles de la tierra. Situado en alturas impresionantes, entre el monte Pamir —llamado el "techo del mundo"— y el Himalaya, cuya cima aún no ha sido conquistada, es feudo de una organización fanática, cuya religión, el "lamismo", absorbe en China un enorme porcentaje de adeptos.

El monasterio de Lhasa, donde reside Dalai-Lama, la más suprema autoridad de la secta, es un recinto misterioso, cima de ciencia, crueldad y tesoros. Recinto amurallado, tallado en granito en la cima de una ingente montaña, su seno está vedado no solamente a los extranjeros, sino a los naturales del país, y el extraño que ose intentar asomar sus ojos a través del celaje misterioso que lo envuelve, tiene pena de muerte cruel y despiadada. Sus fiestas religiosas son salvajes e impresionantes. Se sacrifican seres humanos para ahuyentar el Espíritu del Mal. Actúan con fervor los magos que libran a los endemoniados de los espíritus malignos que les atormentan extrayéndoselos del cuerpo con exorcismos y pantomimas alucinantes; se arrojan a los buitres sagrados los

cuerpos de los Lamas para que con ellos viajen hasta las regiones celestes y se sepultan sus cenizas en los lagos con una extraña ceremonia funeral y los castigos que se aplican a los intrépidos que faltan a sus reglas o tratan de violar sus secretos, son algo tan salvajemente brutal, cruel y refinado, que escapa a la concepción de toda mentalidad europea.

Todo esto lo encontrará el lector auténtica y fielmente recogido en la emocionante novela

"EL DRAGON DE FUEGO"

de la que es autor el popular escritor FIDEL PRADO, cuyas novelas de aventuras tanto éxito obtienen entre nuestro público.

Los personajes de esta apasionante novela, el profesor KARUS, su criado REGIS, el simpático chino KAO y el terrible Jefe de "El dragón de fuego", Wang-Cheng, son figuras que jamás pueden olvidarse por su personalidad, atracción, osadía, heroísmo o maldad.

"EL DRAGON DE FUEGO"

es la más apasionante novela de actualidad y ningún lector amante de las emociones fuertes debe dejar de adquirirla.

TITULOS PUBLICADOS:

El manuscrito del Lama	La carrera de la muerte	El Gran Sacerdote mogol
La legión amarilla	El desierto dorado	La montaña maldita
El misterio del templo azul	Huida trágica	Los ojos de Buda
En las garras del monstruo	El junco de los apestados	El monasterio tenebroso

EDITORIAL BRUGUERA, PROYECTO, 2 - BARCELONA



Fidel Prado Duque

(1891-1970)

, escritor español, conocido tanto por sus novelas del oeste (algunas de ellas, escritas con el pseudónimo de F. P. Duke), como por sus relatos de acción y aventura —como es el caso de la saga de «El Dragón de Fuego».

Autor de letras de cuplés, una de las cuales alcanzó enorme relevancia: El novio de la muerte, cantada por la célebre Lola Montes, impresionó tanta a los mandos militares que, una vez transformada su música y ritmo fue usada como himno de la legión.

Fue periodista y tenía una columna El Heraldo de Madrid titulada «Calendario de Talia»; biógrafo, guionista de historietas, escritor de novela popular, recaló como novelista a destajo en la «novela de a duro».